

RECORRIDO DE RUBÉN DARÍO POR ESPAÑA A TRAVÉS DE LAS CARTAS*

E. Zeynep ÖNAL
İstanbul Üniversitesi

Abstract

The Nicaraguan poet Rubén Darío, supreme representative of literary modernism in Latin America, got to know the eminent literary figures of the Spanish Literature during his journeys to Spain in 1892 and 1899, and had a considerable influence on them. The writers of the time embraced him with enthusiasm and the literary value of his works were known in Spain with the support of prominent Spanish writers such as Juan Valera or Salvador Rueda. Before he made his second journey to Spain, the poet was already famous in Spain and the young Spanish poets knew him as the master of the new poetry. During his second journey, Darío got to know the young writers of the Generation of 98 and created a group with the enthusiastic figures to read and recite poetry. Darío praised loudly the writers of the new generation and the young writers followed his footprints. During his second journey, Darío also met Miguel de Unamuno who, contrary to the poets of the Generation of 98 that were gathering around him, kept out of the literary modernist movement. Unamuno, although admired Darío as a poet, always maintained a distance with him since he never managed to restrain the discontent he felt against the Latin American francophilism that was revealed in the Rubenian poetry. This work aims to present the literary interaction between an eminent Latin American poet and the notable Spanish writers of his time, showing the literary panorama and enlightening the personal relations between them.

Keywords: Rubén Darío, Modernism, Generation of 98, Miguel de Unamuno, journey.

* Bu makale, İstanbul Üniversitesi Edebiyat Fakültesi İspanyol Dili ve Edebiyatı Anabilim Dalı'nın 20-21 Mayıs 2014 tarihinde düzenlediği IV. Uluslararası Dilbilim ve Edebiyat Günleri'nde sunulan bildirinin genişletilmiş halidir.

Özet

Latin Amerika'da edebi modernist akımın en önemli temsilcisi olan Nikaragualı şair Rubén Darío, İspanya'ya 1892 ve 1899 yıllarında gerçekleştirdiği seyahatler sırasında İspanyol edebiyatının önemli yazar ve şairleriyle tanışır ve onları derinden etkiler. İspanya'nın edebiyat çevresi Darío'yu hevesle karşılar ve Juan Valera ve Salvador Rueda gibi önemli İspanyol yazarların desteği sayesinde şairin edebi değeri bilinir. Darío İspanya'ya ikinci gidişinden önce ünlenir ve genç şair kuşağı Darío'yu yeni şiirin ustası olarak kabul eder. İkinci seyahat sırasında Darío 98 Kuşağı'nın genç yazarlarıyla tanışır ve birlikte şiir okumaya hevesli şairlerden oluşan bir grup oluştururlar. Darío yeni kuşağın yazarlarını ateşli bir dille över ve gençler de onun izinden gider. Darío bu dönemde 98 kuşağının önemli yazarı Miguel de Unamuno'yla tanışır; Unamuno, Latin Amerikalı şairin çevresinde toplanan 98 kuşağı şairlerinin aksine, modernist akımın dışında saf tutar. Unamuno Darío'nun şiirini takdir etse de, şaire karşı mesafeli duruşunu her zaman korur ve Darío'nun dizelerinde kendini gösteren Fransız etkisine karşı olan hoşnutsuzluğunu bastırmayı hiçbir zaman başaramaz. Bu çalışmanın amacı, büyük bir Latin Amerikalı şairle dönemin önemli İspanyol yazarları arasındaki edebi etkileşimi ortaya koymak ve dönemin edebi düşüncesini anlatırken, yazarlar arası kişisel ilişkilere ışık tutmaktır.

Anahtar sözcükler: *Rubén Darío, Modernizm, 98 Kuşağı, Miguel de Unamuno, yolculuk.*

El poeta nicaragüense, Félix Rubén García Sarmiento, conocido por el nombre de Rubén Darío (1867-1916), fue el mayor impulsor y el representante culminante del modernismo hispanoamericano. "Modernismo" es el nombre dado a un movimiento de renovación literaria acontecido en América y España en los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX. Pedro Salinas dice que el modernismo nació de una insatisfacción con el estado de la literatura en aquella época y tendía a rebelarse contra las normas estéticas imperantes. El modernismo americano buscaba la renovación del concepto de lo poético y la belleza. "Era una literatura de los sentidos, trémula de atractivos sensuales, deslumbradora de cromatismo. Corría precipitada tras los éxitos de la sonoridad y de la forma" (Salinas, 1970:16). Esta tendencia literaria se caracterizaba por la incorporación de metros y ritmos nuevos o renovados. Darío fusionó todos los aspectos del modernismo en su poesía: exaltar el refinamiento y lo sofisticado, dar carácter aristocrático a la poesía, crear un nuevo lenguaje poético por la perfección técnica de integrar nuevos metros y ritmos. Según Juan Ramón Jiménez, "era el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo

XIX [...]. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza” (Villanueva, 1990:10).

Rubén Darío empezó a leer poesía francesa, sobre todo la de Víctor Hugo, en su adolescencia. Durante su estancia en Santiago de Chile en 1886, por vez primera en una metrópoli, publicó poemas y cuentos con el título de *Azul* (1888) y así atrajo la atención de Juan Valera. Valera le dirigió al joven poeta una carta en octubre de 1888 al recibir un ejemplar del libro con una dedicatoria del poeta nicaragüense y aunque al principio manifestaba su temor de encontrarse con un “Víctor Huguito” al leer la obra, el resto de la carta continuaba como un elogio al joven poeta por su singularidad declarando que había encontrado a un poeta “con gran fondo de originalidad y de originalidad muy extraña” (Valera, 1888). Rubén Darío todavía no era un poeta bien conocido por el público. En esa época, leía a los autores franceses contemporáneos pero también escribía obras como “Canto épico a las glorias de Chile”, donde hablaba de las glorias heroicas del país. La singularidad del joven poeta, según Valera, provenía de “asimilarse todos los elementos de espíritu francés,” sin que el poeta hubiera residido hasta entonces en Francia “si bien conservando española la forma que aún y organiza estos elementos, convirtiéndolos en sustancia propia” (Valera: 1888). Para un joven poeta en el comienzo de su carrera literaria, el reconocimiento de su talento por parte de un gran escritor podía significar mucho. Cuando Rubén Darío llegó a Chile en 1886, a sus diecinueve años, era un joven que adoraba a dos grandes escritores: uno español, Ramón de Campoamor; otro francés, Víctor Hugo. Según Jean Franco, su visita a Santiago de Chile fue el hecho que elevó su vida por encima de las limitaciones provincianas de la poesía cívica y allí adquirió un ideal de sofisticación, de vida refinada pero también Darío si hoy era un desterrado solitario, el otro día era un poeta comunitario y si hoy cantaba el amor sensual, mañana podía verse a sí mismo como un hombre abrumado por el peso de la culpa religiosa. (Franco, 1985: 178-179)

Después de instalarse en París en 1900, Darío hizo muchos viajes entre América y Europa. Pero antes, el poeta viajó a España, donde conoció a las grandes figuras literarias de las letras españolas y dejando huellas indiscutibles en ellas. Cuatro años después de publicar *Azul*, el poeta viajó a España por primera vez en 1892 para asistir a las fiestas del Centenario del descubrimiento de América en misión oficial, como delegado nicaragüense. Valera, que tanto apreciaba el valor literario de Rubén Darío, le buscó en Madrid a su llegada y le dio la noticia a Menéndez y Pelayo: “Rubén Darío, tal vez el mejor y más original autor que hay ahora en América, está en España” (Valera, 1892). Valera seguía con estas palabras: “Supongo que andará viendo ciudades y aún no habrá

venido a Madrid, pues o hubiera acudido a verme en mi casa, o yo, que le he buscado por las fondas, hubiera ya dado con él.” (Valera, 1892). Valera sentía gran admiración por la obra de Rubén Darío. En otra carta a Menéndez y Pelayo, escribió lo siguiente:

Anoche, por ser sábado, tuve aquí mi pequeño aquelarre literario. Acudieron a él P. Alcalá Galiano, Narciso Campillo, Correa, Miguel de los Santos Alvarez, mi primo Joaquín, [...]; Salvador Rueda [...], y Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día. Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. [...] En Rubén Darío hay, sobre el mestizo (de español y de indio) el extracto, la refinada tintura del *parnasiano*, del *decadente* y de todo lo novísimo de extranjería, de donde resulta a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto. Ni hay tampoco afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es un muchacho de veinticuatro o veinticinco años, de suerte que yo espero de él mucho más. (Valera, 1892)

Sin embargo, años más tarde de la publicación de *Azul*, en 1909, Rubén Darío, aunque agradeció mucho a Valera sus elogios, escribió lo siguiente sobre su libro, criticando al escritor español por no advertir su trascendencia literaria:

El libro no tuvo mucho éxito en Chile. Apenas se fijaron en él cuando D. Juan Valera se ocupara de su contenido en una de sus famosas “Cartas americanas” de *Los lunes del Imparcial*. Valera vio mucho, expresó su sorpresa y su entusiasmo sonriente - ¿por qué hay muchos que quieren ver siempre alfileres en aquellas manos ducales? -; pero no se dio cuenta de la trascendencia de mi tentativa. Porque si el librito tenía algún personal mérito relativo, de allí debía derivar toda nuestra futura revolución intelectual. A los que asustaba lo original de la reciente manera les fue extraño que un impecable como D. Juan Valera hiciese notar que la obra estaba escrita en muy buen castellano. (Darío, 1909: 14)

Rubén Darío causó una impresión digna de atención al insigne escritor. Las tertulias de sábados en casa de don Juan Valera fueron ocasión de que Darío y los intelectuales de la época se conocieran. Otro gran escritor americano, el peruano Ricardo Palma, que llegó a España un mes después que Darío, evocó esas famosas tertulias en su libro *Recuerdos de España* en el que presentó un retrato del élite intelectual de la época:

Valera recibía los sábados a sus amigos. La tertulia principiaba entre las nueve y diez de la noche, concluyendo a las dos de la mañana. Los escritores

americanos que por delegación de sus respectivos Gobiernos nos hallábamos a la sazón en Madrid, éramos solícitamente invitados. Zorrilla San Martín, el cantor de americanistas ideales; Rubén Darío, el parnasiano de fantasía deslumbradora; [...], y tantos otros del mundo republicano, fraternizábamos en esas deliciosas veladas con los más encumbrados literatos españoles, como Menéndez Pelayo, Núñez de Arce, [...]. Prosa o verso, todos leíamos algo... (Cano, 1960: 45)

Rubén Darío apreciaba mucho la amistad de Juan Valera y las reuniones que se celebraban en su casa. Escribió en su *Autobiografía*:

Uno de mis mejores amigos fue D. Juan Valera, quien ya se había ocupado largamente en sus *Cartas Americanas* de mi libro *Azul*, publicado en Chile. Ya estaba retirado de su vida diplomática; pero su casa era la del más selecto espíritu español de su tiempo, la del “tesorero de la lengua castellana”, como le ha llamado el conde de las Navas, una de las más finas amistades que conservo desde entonces. Me invitó D. Juan a sus reuniones de los viernes, en donde me hice de excelentes conocimientos. (Darío, 1917: 93)

Rubén Darío y Juan Valera siempre se apreciaron y se admiraron mutuamente por su valor literario aunque en el curso del tiempo se vieron menos. Cuando Valera publicó, en 1899, su última novela, *Morsamor*, Darío le dedicó un elogioso artículo:

Acaba de publicar don Juan Valera una novela nueva: *Morsamor*. Hace ya días que el libro ha aparecido, y la crítica *oficial* no ha dicho una sola palabra, [...]... Don Juan Valera se encuentra, a pesar de su ceguera y de los ataques del tiempo, en una ancianidad que se puede llamar florida... Tiene muy feliz memoria y su conversación es de aquellas que encantan. Sus sábados han sido famosos entre las gentes de letras. (Cano, 1960: 47)

En 1904, un año antes de morir, Juan Valera escribió lo siguiente sobre Darío en un artículo en que, además de elogiar su mérito de literato, se jactaba de haberle descubierto:

Acerca de la poesía lírica, aún he sido más explícito y aún he penetrado más en lo moderno. Nada lo es más, nada lo caracteriza mejor ni le pone más flamante sello, que los versos de Rubén Darío, el cual ha formado escuela y tiene multitud de discípulos e imitadores entre nosotros. Pues bien: yo me jacto de haber escrito sobre Rubén Darío y de haberle elogiado como merece, mucho antes de que nadie en España le conociera ni hubiese oído su nombre. Si hay algo más modernista aún que lo que escribe en verso Rubén Darío, confieso humildemente que no lo sé; pero si lo hay, procuraré estudiarlo y lo elogiaré si gusto de ello. (Valera, 1904)

Si Valera se jactaba por haber sido el descubridor del poeta americano, el poeta andaluz, Salvador Rueda, se vanagloriaba de haber sido el defensor de Rubén Darío en Madrid: "La primera vez que vino a España no tuvo quien lo defendiese y acogiese más que yo, que le presté el más puro calor de mi alma. Vino de América atraído por mi amistad y mi arte nuevo, aparte de su cargo oficial." (Cano, 1960: 51). Según el escritor y crítico español José Luis Cano, Salvador Rueda exageraba lo suyo ya que de no ir a España como representante de su país en las fiestas colombinas, habría sido difícil que Darío hubiese ido a España en 1892, por mucho que le atrajesen la amistad y el arte nuevo de Rueda. Además, Darío no sólo conocía la poesía de Rueda, sino también la de Campoamor y Núñez de Arce, que eran sus ídolos. A pesar de las exageraciones del poeta malagueño, Rubén Darío consiguió publicar en "El Liberal" su poesía por los buenos oficios de Rueda y a través de él conoció a Campoamor y a Juan Valera (Cano, 1960: 51-52). Antes de su segundo viaje a España, la fama de Darío ya había crecido y la juventud poética de entonces lo reconocía "como su maestro, como el paladín indiscutible de la nueva poesía, el inventor de una nueva lírica. La gloria de Rueda quedó un poco oscurecida con el resplandor del nuevo astro que se alzaba poderoso en la poesía hispánica, [...]" (Cano, 1960: 52). Al contrario de la gran admiración que sintió por Juan Valera durante toda la vida, Darío escribió unas palabras sobre Rueda que hirieron hondamente al poeta andaluz: "Salvador Rueda, que inició su vida artística tan bellamente, padece hoy inexplicable decaimiento... Los últimos poemas de Rueda no han correspondido a las esperanzas de los que veían en él un elemento de renovación en la seca poesía castellana contemporánea." (Cano, 1960: 53). Aunque las heridas se curaron luego y ambos pronunciaron buenas palabras con respecto al otro, después de la muerte de Darío Rueda tendió a desacreditarle: "Personal y estéticamente era (Darío) un fetichista de la *Cosmética* parisién." (Cano, 1960: 57). Con los celos terribles que sentía hacia la gloria literaria de su amigo, quería convencer a la gente de que él mismo había sido el primer innovador de la lírica de la española moderna y que Rubén Darío había sido sólo su seguidor e imitador de todo lo francés. Pero fue el genio poético de Rubén Darío el que en realidad consiguió el triunfo de la revolución modernista y los poetas jóvenes que al principio habían sentido la influencia de la poesía de Rueda lo abandonaron después para seguir al nuevo poeta que llegaba de América. Era evidente que Darío nunca había sentido gran entusiasmo por la poesía de Rueda. Rueda era un poeta que había leído muy poca poesía extranjera y Darío, en cambio, había leído toda la literatura francesa y también se sabía de memoria a los parnasianos y a los simbolistas franceses. Además, tenía más gusto y más talento literario que Rueda. (Cano, 1960: 57-58)

Los escritores de la generación del 98, a los que Darío conocería personalmente unos años más tarde de su primer viaje a España, no había publicado todavía sus primeras obras en 1892. Durante su primer viaje, el poeta conoció personalmente a grandes figuras literarias de su tiempo: Núñez de Arce —“Conocí a D. Gaspar Núñez de Arce, que me manifestó mucho afecto y que, cuando alistaba yo mi viaje de retorno a Nicaragua, hizo todo lo posible para que me quedase en España.” (Darío, 1917: 92)— ; Ramón de Campoamor —“Conocí a D. Ramón de Campoamor. Era todavía un anciano muy animado y ocurrente.” (*ibid*: 93)—; José Zorrilla —“Un día, en un hotel que daba a la Puerta del Sol, [...], entró un viejo cuyo rostro no me era desconocido, por fotografías y grabados. [...] Su indumentaria era modesta, pero en los ojos le relampagueaba el espíritu genial. [...] Era D. José Zorrilla.” (*ibid*: 97)—; o Emilia Pardo Bazán —“Conocí a D^a. Emilia Pardo Bazán. Daba fiestas frecuentes, en ese tiempo, en honor de las delegaciones hispano-americanas que llegaban a las fiestas del centenario colombino. [...] Su salón era frecuentado por gente de la nobleza, de la política y de las letras.” (*ibid*: 98)—.

El poeta hizo su segundo viaje a España en 1899. Hablando sobre ese viaje, escribió Darío de la literatura española de aquel entonces: “He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo; [...] No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida” (Darío, 1917: 169). Según Cano, la razón por la que pensaba de tal modo el poeta nicaragüense era el brillo apagado de los poetas como José Zorrilla, Ramón de Campoamor y Núñez de Arce, a los que él admiraba y leía desde niño y que había conocido personalmente a su llegada a España por vez primera. Pero esas grandes figuras que brillaban con luz propia, en 1892 ya yacían “en mortecina estela” (Cano, 1960: 16). En su segundo viaje Darío descubrió a los escritores jóvenes de la época y de la generación de 98: Jacinto Benavente, Francisco Villaespesa, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, los hermanos Machado, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, etc. Rubén Darío creía en los escritores jóvenes españoles y acudía a las tertulias y se reunía con ellos:

Me juntaba siempre con antiguos camaradas como Alejandro Sawa, y con otros nuevos, como el *charmeur* Jacinto Benavente, el robusto vasco Baroja, otro vasco fuerte, Ramiro de Maeztu, [...]; y un núcleo de jóvenes que debían adquirir más tarde un brillante nombre, los hermanos Machado, [...], dos líricos admirables, cada cuál según su manera: Francisco Villaespesa y Juan R. Jiménez, [...] (Darío, 1917: 169-170)

La revolución poética llevada a cabo por Rubén Darío se consolidó en España por Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Villaespesa y Rubén Darío habían llamado a Juan Ramón para “luchar por el modernismo” (Cano, 1960: 134). En abril de 1900, Juan Ramón llegó a Madrid para darse a conocer como poeta a sus diecinueve años. Su ídolo máximo era Rubén Darío. Formaron Darío, Jiménez, Villaespesa y Rueda, entre otros, un grupo entusiasta de la poesía y se juntaban por leer y recitar poesía. Rubén Darío elogiaba con fervor a los escritores de la nueva generación y los jóvenes lo seguían a él:

¡Gracias sean dadas a Dios! Esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y el arte de escribir hispano-americanos, y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes. La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria. (Darío, 1917: 176)

Rubén Darío conoció a Miguel de Unamuno en 1899, durante su segundo viaje a España. Cuenta en su *Autobiografía* cómo se conocieron:

Me presentaron una tarde, como a un ser raro, —“es genial y no usa corbata”, me decían— a D. Miguel de Unamuno, a quien no le agradaba, ya en aquel tiempo, que le llamaran el sabio profesor de la Universidad de Salamanca... Cultivaba su sostenido tema de antifrancesismo. Y era indudablemente un notable vasco original. El señor de Unamuno no conocía entonces a Sarmiento, y hablaba con cierto desdén, basado en pocas noticias, y en su particular humor, de las letras argentinas. (Darío, 1917: 173)

Al contrario que los poetas de la generación del 98, que se unían en torno al poeta americano y que compartían gustos estéticos semejantes —jóvenes que se llamaban Juan Ramón Jiménez, Francisco Villaespesa, Ramón del Valle Inclán, Antonio y Manuel Machado, Ramón Pérez de Ayala—, Unamuno se mantuvo fuera del modernismo. La poesía de Darío le gustaba poco y en una carta a Ricardo Rojas, el escritor argentino, expresó su escasa simpatía por la lírica rubeniana:

Cuando nos veamos, hablaremos de él, a ver si al fin es usted quien me convence de que hay poesía en las caramilladas artificiosas del nicaragüense. Yo no le culpo de lo que otros, sino que sus versos me parecen terriblemente prosaicos en el fondo, sin pasión ni calor, puras virtuosidades y tecniquerías. Escribe, además, cosas imposibles por la manía de la rima rica. (Unamuno, 1908: 300)

La razón del ataque por Unamuno a Darío reside en la profunda diferencia

de propósito y de tono entre los dos movimientos en América y España: la renovación literaria se presenta en América como una transformación del lenguaje poético, del modo de escribir poesía. Pedro Salinas sostiene lo siguiente acerca de la diferencia entre los dos movimientos en América y España:

El movimiento americano queda caracterizado desde su comienzo por ese alcance limitado del intento: la renovación del concepto de lo poético y de su arsenal expresivo. Y por un tono: el esteticismo, la busca de la belleza. En cambio, en España[...], la agitación de las capas intelectuales es mayor en amplitud y hondura, no se limita al propósito de reformar el modo de escribir poesía o el modo de escribir en general, sino que aspira a conmover hasta sus cimientos la conciencia nacional, llegando a las mismas raíces de la vida espiritual. [...], ni en Unamuno encontramos esa preferencia por la valoración estética de la literatura observada en América; son intelectualistas, más que juglares de vocablos, corredores de ideas. Y verdades, no bellezas, es lo que van buscando.

Pero ¿qué clase de verdad? Apunta aquí otra diferencia en los rumbos de los dos grupos, americano y español. Los españoles se afanan tras “la verdad de España”. De suerte que mientras que el modernismo se manifiesta expansivamente, como una superación de las fronteras nacionales de las distintas naciones americanas y, aún más, de la misma frontera continental y está poseído por una ambición cosmopolita, el movimiento espiritual de los hombres del 98 es concentrativo y no expansivo, todo su ardor de alma se enfoca sobre España, que es el vértice de su preocupación. Los unos se expanden, sueñan en países remotos, los hechiza en encanto de París o las evocaciones orientales. Los otros se recogen, y enclaustran toda su tensión espiritual en esa tierra capital de nuestra península, Castilla. (Salinas, 1970: 14-15)

En contra de la poesía de Darío encarada con el mundo exterior, la poesía de Unamuno se adentraba en los pueblos de España, la tierra, el paisaje, etc. La razón del disgusto que le causaba el afrancesamiento hispanoamericano la explicó Unamuno en la revista bonaerense *El sol de Domingo*:

Debo decirle que no acabo de comprender del todo esa atracción que sobre ustedes ejerce París, ni ese anhelo de que sea precisamente París, y no Londres, o Berlín, o Bruselas, o Estocolmo, [...] Que fuera Madrid lo comprendería, porque, hoy por hoy, es el centro de los pueblos de lengua española, y por mucho que exageremos (yo el primero), nuestra incultura, al fin y al cabo en español escribimos, y los que piensan en español son los que, ante todo, han de nutrirse de la savia espiritual de nuestros escritores... En el inmenso coro del universo hay sitio para todos, con tal de que cada cual dé su nota nativa, la que le es propia. Lo malo es que el ruiseñor pretenda rugir o gorgजार el león. (Metzidakis, 1960: 234)

En una carta al escritor español, Bernardo G. De Candamo, Unamuno había escrito: “Rubén Darío dice que mis versos son demasiado sólidos; prefiero esto a que sean demasiado gaseosos, a la americana.” (Cano, 1960: 19). Darío cuenta en *España contemporánea* que varias publicaciones de Madrid habían empezado a ocuparse con alguna atención de literatura hispanoamericana y que en un artículo escrito por Unamuno publicado en la *Época* el autor hablaba de las letras americanas en general y de las argentinas en particular, con un desconocimiento que tenía como consecuencia una injusticia:

El Sr. Unamuno es un eminente humanista, profesor de la antigua universidad de Salamanca, en donde tiene la cátedra de literatura griega. Se ha ocupado de nuestra literatura gauchesca con singular talento; pero no conoce nuestro pensamiento militante, nuestro actual movimiento y producción intelectual. [...] Y como él se refiriese al demasiado parisienismo que creía ver en la literatura de Buenos Aires, manifesté lo que en este párrafo se verá:

Hay que esperar. América no es toda Argentina; pero Buenos Aires bien puede considerarse como flor colosal de una raza que ha de cimentar la común cultura americana; [...] Nuestras letras y artes tienen que ser de reflexión. [...] Por lo pronto, nos nutrimos con el alimento que llega de todos los puntos del globo. Hemos tenido necesidad de ser políglotas y cosmopolitas, [...] Decadentismos literarios no pueden ser plaga entre nosotros; pero con París, que tanto preocupa al Sr. Unamuno, tenemos las más frecuentes y mejores relaciones. (Darío, 1907: 129-130)

Según Cano, aunque Unamuno se mostraba cordial con el escritor nicaragüense en sus cartas, le trataba desdeñosamente en otras que escribía a sus amigos. Sin embargo, Rubén Darío admiraba demasiado a Unamuno como para no desear su amistad y demostró siempre entusiasmo hacia la figura de Unamuno. Cano sigue diciendo que desde 1899 las alusiones de Darío a Unamuno fueron elogiosas. En una crónica de *España contemporánea*, dedicada a los poetas que Darío conoció en Madrid, citaba a los poetas que consideraba más importantes pero, al hablar de los vascos, sólo mencionaba a Unamuno, diciendo: “Pero con Unamuno basta para tener en la lírica representación digna en la Corte” (Cano, 1960: 21). Rubén Darío admiraba el valor literario de Unamuno como poeta. Sin embargo, en el mismo libro, no se abstuvo de lanzar una pulla a Unamuno al elogiar el talento de los poetas españoles:

Pueden caber en ella (la *Revista Nueva*) y caben los versos de los que intentan una renovación en la poesía castellana y los versos demasiado sólidos del vigoroso pensador Sr. Unamuno; los sutiles bordados psicológicos de Benavente y las paradojas estallantes de Maeztu; [...] y las prosas macizas de Unamuno,

que valen más que sus versos, aunque él no lo crea. (Darío, 1907: 187-188)

Lo que afirma Darío de Unamuno respecto a su prosa, lo confirma Cano sosteniendo que Unamuno nunca se consideró, dentro de la generación del 98 a la que pertenecía, un gran poeta, quizá porque su poderosa personalidad de pensador y de ensayista, de novelista y de filósofo, dejaba algo oscurecida su faceta de poeta lírico. Era probable que al escritor vasco le hubiese dolido este rebajamiento de su obra poética (Cano, 1960: 31). No hay que olvidar que Rubén Darío tenía a los poetas del 98 para seguir sus pasos. Si Unamuno escribía cartas cordiales a Darío, en cartas a otros amigos trataba al poeta de una manera más ofensiva. En dos cartas (a Bernardo G. de Candamo) escribía Unamuno:

Rubén Darío es algo digno de estudio. Es el indio con vislumbres de la más alta civilización, de algo esplendente y magnífico, que al querer expresar lo inexpresable, balbucea. Tiene sueños gigantescos, ciclópeos, pero al despertar no le queda más que la vaga melodía de ondulantes reminiscencias. Tiene un valor positivo muy grande, pero carece de toda cultura que no sea exclusivamente literaria. Sin sentido filosófico y hasta metafísico, ético, científico y religioso del mundo, se podrá ser un *homme de lettres*, pero no un gran escritor, un escritor de veras genial, un clásico, en fin.

Yo que predico la interiorización, el adentrarse, no predicaría nunca el confinarse en la torre de marfil. Las torres de marfil son muy frágiles, y el que en ellas se encierra con primores de cuentos de hadas, corre riesgo de deshumanizarse... En este respecto, creo que Darío, sin quererlo ni proponérselo, ha hecho daño a muchos. Me gustan poco las flores de estufa; prefiero las amapolas, clavelinas y magarzas de los trigales, hechas al aire libre, entre el arado y la hoz. Hay que soñar, sí, pero hay que soñar la vida que palpita en torno nuestro. (Cano, 1960: 20)

Al hablar del carácter urbanita del poeta americano, dijo: “Una cosa de España no ha visto apenas Darío, y es el campo; ni el campo mismo ni el pueblo que lo habita. [...] Darío, el enamorado de París y de Buenos Aires, y aún de Madrid, es esencialmente urbano” (Metzidakis, 1960: 237). Unamuno se negaba a aceptar en muchos casos el valor poético de Darío. En 1910, llegó a llamarlo “excelso poeta”, pero insistía todavía sobre el afrancesamiento:

A eso que llaman el arte por el arte, a todo ese arte lilial, principesco o como se le quiera llamar, lo que le falta es pasión. Acaso a Rubén Darío, para ser aún más excelso poeta que es, para llegar a ser el genio lírico de los pueblos de lengua española, le ha faltado pasión patriótica, entusiasmos políticos o religiosos, un fanatismo de cualquier clase; la flaqueza del hombre social en él ha perjudicado al poeta. Su exceso de cosmopolitismo le ha impedido

hacerse más universal.[...] Si Darío no ha sentido su Nicaragua, ¿cómo iba a sentir Versalles? Y, a pesar de esto, es un excelso poeta. (Unamuno, 1910: 351)

Sin embargo, Unamuno, que aceptó el mérito de la poesía rubeniana en algunos momentos, no dejó de ofenderle en otros. Dijo en una ocasión:

Con esta lengua que el Demonio nos ha dado a los hombres de letras, dije una vez delante de un compañero de pluma que a Rubén se le veían las plumas —las del indio— debajo del sombrero; y el que me lo oyó, ni corto ni perezoso, esparció la especie, que llegó a oídos de Darío. (Cano, 1960: 22)

Rubén Darío respondió en una carta a Unamuno, recordándole su condición de “espíritu director” y llamándole, respetuosamente, a comportarse con justicia y bondad:

Mi querido amigo: Ante todo, para una alusión. Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero jamás se dirá que no reconozco en usted —sobre todo después de haberle leído en estos últimos tiempos— a una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España, sino en el mundo. Mas yo quisiera también por su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura. [...] Yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta. [...] Mas, ¿quién ha de ver en un hombre tal el don de poesía sino los poetas? Y en cuanto a lo que a mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación. La independencia y la severidad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas. Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno. (Cano, 1960: 22-23)

Unamuno, en la carta de respuesta a Rubén Darío, se disculpa de la mejor manera posible y le revela lo áspero que es por naturaleza:

Sr. Don Rubén Darío. Lo de siempre, mi querido amigo, ya le han ido a usted con el cuento de lo que yo haya podido decir de desagradable para usted y en cambio no le habrán contado lo demás. [...] Su carta la tomo una lección, y la acepto. Y le añado que tiene usted razón. [...] Con los años se va encorvando dentro de mí el inquisidor calvinista, descontentadizo y áspero, que siempre he llevado en lo íntimo. [...] Yo quisiera escribir con sosiego sobre usted y su obra y muy en especial sobre su influencia, que es indudable ha sido enorme, en las letras hispanoamericanas y españolas. [...] Yo estimo en más que usted puede creer su genio poético —aun siendo él tan contrario a muchas de mis aficiones—, pero acaso estimo más aún su carácter, [...]. (Unamuno, 1907: 281-282)

Rubén Darío siempre vio el valor poético en Unamuno, aunque observaba cierta dureza en su poesía:

El canto, quizá duro, de Unamuno me place tras tanta meliflua lira que acabo de escuchar, que todavía no acabo de escuchar. Y ciertos versos que suenan como martillazos me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento, que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en el infinito. Dicen que los versos de Unamuno son pesados. También el hierro y el oro lo son. (Cano, 1960: 21)

El esfuerzo de Unamuno por atacar las nuevas formas literarias francesas llevadas a la poesía por los modernistas causó que criticara injustamente a un escritor de la altura de Rubén Darío. En realidad, hubo momentos en los que Unamuno se mostró comprensivo con Darío por expresar su pensamiento: “Lo que yo veo, precisamente en usted, es un escritor que quiere decir, en castellano, cosas que ni en castellano se han pensado nunca ni pueden *hoy* en él pensarse. Tiene usted que hacerse su lengua” (Metzidakis, 1960: 232-233). En otra carta había escrito de Darío antes de conocerle personalmente: “Es americano; siente con profundidad; piensa con altura, y aunque ‘aparisensado’, conserva el buen sentido y el cuajo español que otros han perdido ya” (Metzidakis, 1960: 233). Unamuno conocía la obra poética de Rubén Darío antes de conocerle personalmente y desde el principio lo admiraba como poeta. Pero no podía reprimir el disgusto que se sentía hacia el afrancesamiento hispanoamericano. Si alguna vez lo criticó por ser excesivamente urbanita, otras elogió el alma profundamente hispana de Darío:

¿Quién no sabe que, por debajo de su afrancesamiento, más aparente que real, Darío ha sido, y va cada vez más siendo, profundamente español? ¿Quién no sabe que ha ido a buscar fuerzas, para remozar sus formas líricas, en antiguos cantares españoles del mester de clerecía? (Metzidakis, 1960: 240)

Después de la muerte de Darío, Unamuno sintió remordimientos por haber sido tan desdeñoso, tan distante con él. Admitió que era gran poeta y además mostró su respeto al “indio” al que unos años atrás había criticado. Unamuno, reconociendo el gran talento del poeta nicaragüense, alabó su destreza en comprender obras que en el sentido y el tono se apartaban de las suyas y lo comparó con Cervantes en cuanto a benevolencia del alma:

Han pasado más de ocho años de aquella noble queja; muchas veces esas palabras de noble y triste reproche del pobre Rubén me han sonado dentro del alma, y ahora me parece que las oigo salir de su enterramiento, aún mollar. ¿Fui con él justo y bueno? No me atrevo a decir que sí. Quería algunas

palabras de benevolencia para sus esfuerzos de cultura de parte de aquellos con quienes se creía, por encima de diferencias mentales, hermanado en una obra común. Era justo y noble su deseo. Y yo, arando solo mi campo, desdeñoso en el que creía mi espléndido aislamiento, meditando nuevos desdenes, seguí callándome ante su obra. ¿Fue esto justo y bueno? No me atrevo a decir que sí. [...] ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio —lo digo sin asomo de ironía: más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio. ¡No, no fui justo ni bueno con Rubén; no lo fui! [...] Y él, Rubén, era justo y bueno. Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los al parecer más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fue antaño Cervantes. (Cano, 1960: 25-26)

Durante el resto de su vida Unamuno reveló su hondo remordimiento por no haberle confesado a Ruben Darío su admiración por su poesía. El **artículo que escribió después de su muerte** terminaba con estas bellas palabras de la más honda pesadumbre y de sincera confesión:

¡Pobre Rubén! ¿Te llegarán tarde estas líneas de tu amigo que no quiere ser ni injusto ni malo? Nunca llegan tarde las palabras buenas... ¿Por qué, en vida tuya, amigo, me callé tanto? [...] Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: éste tu hurraño y hermético amigo, que debe ser justo y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras, no de benevolencia, de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que —más vale no pensar en por qué— no dije cuando podías oírlo. ¿Lo oirás ahora? Quisiera creer que sí. Hay que ser justo y bueno, Rubén. (Metzidakis, 1960: 245-246)

El viaje de Darío a España en el último período del siglo XIX significaba el triunfo que la obra rubeniana había alcanzado en la Madre Patria y a la vez proclamaba la nueva poesía de América Latina. Según Rodríguez Monegal, el viaje del poeta marcaba la línea divisoria de las aguas, ese momento en que las letras de la América hispánica devolverían con intereses la visita de las carabelas, llevando en su vientre no sólo el oro de Indias sino el otro metal, aún más perdurable, de la nueva lengua española de esta América. Porque Darío, rodeado allí por los jóvenes poetas, “contribuyó definitivamente a enterrar la poesía y la prosa decimonónica de una literatura carcomida ya por la polilla, ahogada por el floripondio, esclerosada en el discurso retumbante” (Rodríguez Monegal, 1971: 501). Rubén Darío, con su lira, había conquistado al mundo de habla española.

Terminemos con las frases de Rubén Darío en *España contemporánea*, escritas el 3 de diciembre de 1898, en la nave con rumbo a España:

El agua glauca del río se va quedando atrás, y el barco entra al agua azul. Me encuentro trayendo a mi memoria reminiscencias de Childe Harold. Siento que estoy en casa propia; voy a España en una nave latina; a mi lado el *sí* suena. Sopla un aire grato que trae todavía el aliento de la Pampa, [...] De nuevo en marcha, y hacia el país maternal que el alma americana – americanoespañola – ha de saludar siempre con respeto, ha de querer con cariño hondo.(Darío, 1907: 1)

Bibliografía

- Cano, José Luis (1960): *Poesía española del siglo XX: De Unamuno a Blas de Otero*, Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Darío, Rubén (1907): *España Contemporánea*, París: Libreros-Editores, Garnier Hermanos.
- Darío, Rubén (1909): “Historia de mis libros”, *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento*, No.170-171, 1907, Barcelona: Editorial Anthropos, págs. 14-22.
- Darío, Rubén (1917): *Autobiografía*, Volumen XV de las Obras Completas, Madrid: Editorial “Mundo Latino.
- Franco, Jean (1973): *Historia de la literatura hispanoamericana*, Barcelona: Editorial Ariel, 6ª ed., 1985.
- Metzidakis, Philip (1960): “Unamuno Frente a la Poesía de Rubén Darío”, *Revista Iberoamericana*, vol. XXV, No. 50, julio- diciembre de 1960, Universidad de Pittsburgh, U.S.A.: págs. 229-249.
- Rodríguez Monegal, Emir (1971): “Una Escritura Revolucionaria”, *Revista Iberoamericana*, vol. 37, No. 76-77, julio- diciembre de 1971, Universidad de Pittsburgh, U.S.A.: págs. 497-506.
- Salinas, Pedro (1970): “El problema del modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus”, *Literatura española. Siglo XX*, Madrid: Alianza Editorial, págs. 13-18.
- Unamuno, Miguel de (1890-1936): *Epistolario Americano*, Edición, introducción y

notas de Laureano Robles, Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca, 1996.

Villanueva, Cristina Ferreiro (1990): *Claves de la obra poética: Rubén Darío*, Madrid: Cielo Editorial.

Valera, Juan (22 de Octubre de 1888): “Carta de Don Juan Valera en Azul a Rubén Darío”, http://www.damisela.com/literatura/pais/nicaragua/autores/dario/azul/valera1_p3.htm, 6 de Marzo de 2014.

Valera, Juan (22 de Agosto de 1892): “Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo, Volumen 12, Carta N° 52”, <http://www.larramendi.es/menendezpelayo/i18n/corpus/unidad.cmd?idCorpus=1002&idUnidad=155505&posicion=1>, 8 de Marzo de 2014.

Valera, Juan (18 de Septiembre de 1892): “Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo, Volumen 12, Carta N° 66”, <http://www.larramendi.es/menendezpelayo/i18n/corpus/unidad.cmd?idCorpus=1002&idUnidad=155505&posicion=1>, 8 de Marzo de 2014.

Valera, Juan (1904): “Sobre la juventud intelectual”, <http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/corpus/unidad.cmd?idCorpus=30&idUnidad=504&posicion=1>, 8 de Marzo de 2014.